

Pacha: donde el tiempo se hace paisaje. Uso y concepción del espacio y la toponimia en Los Andes

Pacha: where time becomes landscape. Use and conception of space and toponymy in the Andes

Paula Martínez Sagredo¹  y Felipe Hasler Sandoval² 

RESUMEN

En las presentes entrevistas buscamos ofrecer a las y los lectores una mirada crítica y actualizada sobre las aproximaciones al estudio del espacio y de los nombres de los lugares (toponimia) en el altiplano andino a través de la experiencia de trabajo de campo de tres reconocidos investigadores: Verónica Cereceda, Rodolfo Cerrón Palomino y Axel E. Nielsen. A partir de un conjunto de preguntas desde la certeza del trabajo interdisciplinario en los territorios indígenas y de sus denominaciones, buscamos dar cuenta de los puntos de encuentro, las reticencias y limitaciones metodológicas para abordar los estudios sobre la cordillera andina.

Palabras claves: Entrevista, Verónica Cereceda, Rodolfo Cerrón Palomino, Axel Nielsen, Pacha, Andes

ABSTRACT

In these interviews we seek to offer readers a critical and updated look at the approaches to the study of space and place names (toponymy) in the Andean highlands through the fieldwork experience of three renowned researchers: Verónica Cereceda, Rodolfo Cerrón Palomino and Axel E. Nielsen. From a set of questions based on the certainty of interdisciplinary work in indigenous territories and their denominations, we seek to account for the points of encounter, the reluctance and methodological limitations to address studies on the Andean Cordillera.

Keywords: Interview, Verónica Cereceda, Rodolfo Cerrón Palomino, Axel Nielsen, Pacha, Andes

¹ Universidad de Tarapacá, Sede Iquique, Fondecyt Iniciación 11190356. Email: pmartinezsagredo@gmail.com

² Universidad de Chile, Departamento de Lingüística, Fondecyt Regular 1160388. Email: fhasler@uchile.cl

Introducción

El espacio, las formas de concebirlo y usarlo, es una de las instancias en las que una sociedad manifiesta su cultura, por lo tanto, es reflejo y testimonio de cada una de ellas en su diversidad y también en el diálogo que establece, ya sea pacíficamente o no, con aquellos otros grupos con los que se comparte ese espacio. En él, se plasman, viven y negocian, entre otros elementos, categorías culturales -que dan cuenta de la concepción del espacio-, y sus denominaciones o topónimos. En este sentido, entenderemos el espacio como un constructo cultural, un *paisaje cultural*, donde la cultura de un grupo humano se manifiesta, se inscribe su identidad y donde este se puede reconocer a sí mismo como tal y que puede ser definido como un territorio específico y delimitado “que ha sido apropiado culturalmente, a través de diversos mecanismos simbólicos, y que es demarcado y percibido como tal por una sociedad particular, en un lapso de tiempo dado” (Hernández Llosas 2006: 9, 10).

Para aproximarnos al estudio del espacio y sus denominaciones es perentorio buscar entre las categorías culturales de los pueblos o comunidades que lo han habitado cuáles son los conceptos que dan cuenta de él. ¿Pero cómo hacerlo con las comunidades actuales, las pretéritas que dejaron rastros escritos y aquellas de las que solo tenemos acceso gracias a la cultura material? Gracias a la experiencia de campo en distintas zonas de la región surandina del *Tawantinsuyu* (donde se integra el Norte Grande chileno) de tres reconocidos investigadores podremos establecer los modos de acercamiento a este problema desde distintas disciplinas y con enfoques temporales propios. En la primera entrevista conversamos con Verónica Cereceda sobre su trabajo de campo con las comunidades del sur boliviano, sobre cómo han manifestado ellas diversas nociones de espacio y cómo es posible entenderlas. En la segunda entrevista conversamos con Rodolfo Cerrón Palomino, quien desde la lingüística histórica nos plantea los modelos, fuentes y desafíos de los estudios toponímicos en un momento en que es necesario despojarse de antiguas tradiciones científicas. Finalmente, Axel E. Nielsen con quien nos enfrentamos a un escenario donde el rastro de las sociedades que se desarrollaron en un espacio determinado solo es perceptible gracias a la cultura material que nos han legado. Se trata de una aproximación desde las necesidades de la arqueología, donde el diálogo con los nombres de las entidades y de los espacios es más complejo.

I-Verónica Cereceda

¿Podría contarnos cómo concibe, desde su experiencia en el trabajo de campo con comunidades indígenas la noción de espacio?

Se me vino al recuerdo inmediatamente la relación que se establece entre tres grandes grupos étnicos o regiones culturales³ en el centro sur de Bolivia, que desarrollé más ampliamente en un trabajo anterior, no publicado aún. Diríamos que, para definir sus identidades lo hacen unos con

³ Aunque los grupos de altura corresponden a las grandes organizaciones en ayllu del norte de Potosí, los de valles intermedios y valles más bajos están conformados por comunidades originarias independientes y algunos saldos de ayllus más pequeños. Pero estos dos últimos espacios han desarrollado rasgos diacríticos que los hacen conformar una identidad cultural que no corresponde con los conceptos clásicos de grupo étnico ya que no tienen estructuras comunes.

relación a los otros, utilizando tres nociones de espacio diferentes, como una vivencia compartida del espacio como tal.

Un primer “espacio” que los separa y los define es el *espacio ecológico*. Todos son vecinos, pero un grupo habita en las alturas. Son reconocidos por los otros dos que habitan los valles como “llameros”, corresponden a las grandes organizaciones tradicionales del norte de Potosí, entre ellos *t’inkipayas*, *machas*, *k’ultas* y otros que, viviendo en las punas, criaban abundante ganado de camélido. Con sus hatos de llamas, realizaban constantes intercambios ecológicos con los pobladores de tierras más bajas, trayendo vellón, oca, quinua y “jampis” (toda clase de yerbas para diferentes usos rituales y medicinales). Se llevaban de regreso especialmente maíz y otros productos de climas más cálidos como coca, fruta, miel y madera en sus constantes viajes. Se los caracterizaba como pueblos siempre en movimiento y reconocidos como “comerciantes” por los de los valles, que se adjudicaban un papel más bien de agricultores y más sedentarios.

Esta vivencia de niveles ecológicos ha marcado, también, hasta el día de hoy, diferencias culturales de carácter mítico-religioso.

¿Cómo se enlazó lo ecológico con lo imaginario?

Las poblaciones de altura, genéricamente “llameras” aunque ya después los intercambios de producción se realizaron en burros y luego en camiones, son consideradas tanto por las comunidades intermedias como las de valles más cálidos, como habiendo sido creados por Dios en las alturas, *janaq pacha* en quechua, pero más coloquialmente, *Gloria* y manifiestan los valores con los que se definen los espacios celestes.

Recordemos que, el concepto de *pacha* (tiempo-espacio andino)⁴ fue seleccionado por los concilios de la Iglesia Católica para poder imponer una visión tripartita del universo, dividido verticalmente en cielo, tierra e infierno.

Los pueblos originarios se integraron a las cosmovisiones europeas, utilizando este término *pacha* para organizar su propia organización cosmológica, pero con valores propios. A grandes rasgos, diríamos que los llameros, encarnando lo celeste, conllevan valores de orden y de estabilidad y, desde un punto de visto cognitivo, una percepción muy nítida del mundo, que corresponde a la visión de la luz solar. En cambio, los *jalq’as* se auto consideraron como los de “adentro” (habiendo surgido del interior de los cerros, de la tierra, de los grandes peñascos) *ukhu*, en quechua, y siendo originados no por dios Padre sino por Jesucristo. Se sienten más cercanos de las influencias indomables de lo no humano y menos desarrollados cívicamente que los llameros. En el *ukhu pacha*, mundo interior, fue ubicado el infierno de la religión europea.

⁴ Nota de los entrevistadores [N.E.]: Antes de la invasión europea y la evangelización, los *pachas* parecen haber sido solo dos: *purum pacha* (tiempo y humanidades anteriores) y *kay pacha* (tiempo y humanidades actuales y donde ocurren las actividades cotidianas de las comunidades, como la ganadería, fiestas, etc.), a los cuales se añadió, con la conquista española, *hanaq pacha*, el cielo (que se relaciona con el mundo donde habitan las divinidades, los astros, el sol, el arcoiris, las constelaciones como *yakana*, y que se caracteriza por ser un espacio de nitidez y luz). Actualmente también es posible identificar un cuarto *pacha*, *ukhu pacha*, y que se relaciona con el inframundo o mundo de adentro, caracterizado por ausencia de luz y de límites difusos. A cada *pacha* se asoció, en tiempos coloniales, un tiempo determinado. Así, al *purum pacha* se le vinculó con el pasado, al *kay pacha* con el presente, al *hanaq pacha* con el futuro. En cada *pacha* habitan diversos seres (animales, piedras, vegetales, entidades, vientos, cerros, humanos, divinidades, etc.).

¿Y entonces qué lugar mítico les tocó ocupar a los yamparas que, sin embargo, habitan tierras, como tú dices, más bajas que los jalq'as?

De alguna manera, los relatos míticos hablan de que ellos fueron “formados” o emergieron de “este mundo”, de la superficie de la tierra, donde habitan los seres humanos y todo lo que es conocido y vivido. Como tú ves, los tres pachas impuestos por la evangelización han sido espacios seleccionados como lugares étnicos que separan y al mismo tiempo, conjuncionan las tres identidades regionales en un Cosmos único.

Pero mencionaba una tercera concepción de espacio ¿A qué corresponde?

Se trata ahora de un espacio imaginario, creado por las mujeres en sus imágenes tejidas que van ubicadas en bandas en sus vestimentas y dibujadas por una técnica textil conocida como *pallay*.

¿Se trata, ahora, al hablar de una banda que decora la vestimenta, de un espacio más pequeño creado por el tejido?

Así es: es el que manifiesta directamente estas tres identidades, *araq pacha* o Gloria,⁵ cielo, *kay pacha* o este mundo, humano, y *ukhu pacha* el mundo infernal, de lo profundo. Estos *pallays* permiten reconocer desde lejos y a primera vista la pertenencia de las mujeres a un grupo determinado, cuando aún llevan la vestimenta originaria.

¿Y cómo son las imágenes tejidas que identifican a las mujeres llameras?

Diríamos, a muy grandes rasgos, que llevan colores muy vivos y ocupando nítidos contrastes ópticos; se trata de la evocación de una visión clara, despierta, del mundo luminoso del cielo. Su iconografía es de formas más bien abstractas, en secuencias de hileras repetidas, que van expresando lo ordenado y constante de los valores de lo alto, por decirlo con sencillez. Algunas estrellas, *ch'ascas* en quechua y algunos pájaros se incluyen, a veces, como figuras iconográficas entre aquellas más abstractas.

¿Y esta concepción de Gloria o el cielo, como llevando el necesario sentido del orden y la repetición de los acontecimientos, es leída así por los grupos más vallunos?

Son precisamente los habitantes de las ecologías más bajas los que hacen esta lectura de los “llameros” como seres más fuertes, más desarrollados y poderosos.

⁵ [N.E.]: *Araq pacha* corresponde a la lengua aymara, mientras que una categoría similar en quechua es *hanaq pacha*.

¿Y qué pasa con los pallays en las vestimentas de las mujeres yampara?

Se trata de un espacio más complejo, ya que conjuga elementos del orden y la repetición de lo celeste con pequeños desordenes y figuras muy icónicas del mundo intermedio. Bandas segmentan el espacio dibujado y permiten ordenar y captar con facilidad lo incluido en ellas. Cada vez más, en tiempos más recientes una o tres de estas bandas llevan incluidas escenas de la vida comunitaria: personajes realizando trabajos agrícolas, participando en matrimonios, incluso en el interior de una iglesia, fiestas con muchedumbres que incluyen música, danzas y preparación de los alimentos. Se trata ahora del *kay pacha* este mundo humano, que por su posición intermedia puede observar sea a las estrellas o elementos que salen de las profundidades de la tierra como son los arco iris, *kuychis*, en quechua, considerados como emergentes de los profundos pozos de agua semi demoniacos.

¿Y cómo es el tercero?

Recordemos que los relatos míticos jalq'a narran que ellos fueron creados en el *ukhu pacha* (mundo interior donde el cristianismo ubicó al infierno, los demonios y las penas).

¿Es decir, los pallays jalq'a evocarían un mundo sin sol y con mucho sufrimiento?

Por una parte, sí, es un mundo oscurecido donde los colores deben encontrarse entre sí, *tinkunantian*, en quechua, encontrar una cierta armonía que produzca una unidad del conjunto. Así, por ejemplo, el rojo, el naranja oscurecido o el rosa andino con un toque de azul que define a los personajes al ser teñidos, llevan algo del negro o de otro color oscuro que define el fondo.

Habla de personajes, ¿de qué personajes se trata?

De tres tipos de seres: los *khurus*, que son los principales, animales extraños muy bellos, pero siempre silvestres que están a menudo embarazados de sus *uñas* en quechua, crías de animal, expresando así una renovación constante de las especies (figura 1). Algo totalmente ajeno al dolor de los condenados en los infiernos cristianos. Un segundo tipo de seres son los *supays* o demonios andinos de más complejas formas que los que existen en los infiernos cristianos (figura 2) y, por último, los personajes de las almas de los difuntos (figura 3). Lo interesante es que todas estas figuras están como engranadas, manifestando de un espacio compacto, no discreto, muy difícil de percibir y que arrastra estados del alma cuando se lo observa. Espacios sin las leyes de atracción de la tierra, unos personajes cabeza arriba, cabeza abajo o de costado.

Estas diferencias plásticas, sensibles que definen los espacios míticos de los *pachas*, puedes observarlas en las imágenes de los diseños de estas tres entidades étnicas.

De este modo, la ecología crea fuertes diferencias sociales, productivas y culturales, pero son los espacios mítico-religiosos que van en las bandas tejidas los que construyen una unidad que no es captable a personas que están al exterior de esas culturas. Un espacio cosmológico único, al que todos pertenecen y al que todos contribuyen a conformar: los tres *pachas* del mundo.

Figura 1.

Textil *jalq'a* (fotografía: Verónica Cereceda).

**Figura 2.**

Textil Tarabuco (fotografía: Verónica Cereceda).

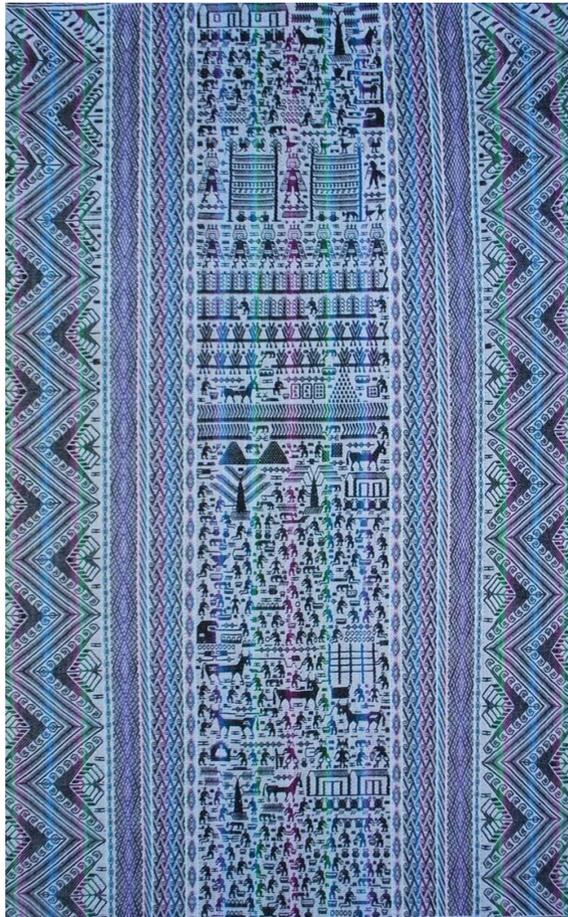


Figura 3.
Textil T'inkipaya (fotografía: Verónica Cereceda).



II- Rodolfo Cerrón Palomino⁶

¿Cuáles son los conceptos básicos que es necesario tener en cuenta en la aproximación al estudio de los nombres del espacio utilizado por la sociedad andina?

Dentro de la disciplina así definida, suele distinguirse, de acuerdo con la extensión topográfica relativa de los referentes aludidos por los topónimos, así como por la importancia socio-política y cultural de los mismos, entre *macro-toponimia* o toponimia mayor, *meso-toponimia* o toponimia media, y *micro-toponimia* o toponimia menor. Lo más frecuente, sin embargo, es distinguir entre los dos extremos. La primera, como su nombre lo indica, se ocupa del estudio de los topónimos cuyo referente designa ámbitos de ocupación humana que delimitan espacios socio-políticos y regiones geográficas importantes y jerarquizados, como en el caso de las demarcaciones políticas del Perú en departamentos, provincias, distritos y anexos. A diferencia de ella, la toponimia menor alude a chacras, parajes, tipos de terreno, accidentes del relieve, etc. Para el toponimista ambas categorías de topónimos son importantes, y se da el caso de que, en territorios de distinta ocupación lingüística a través del tiempo, en la que se produjeron desplazamientos idiomáticos sucesivos, la toponimia menor constituye el reservorio mejor conservado de nombres que dan testimonio inmejorable, cual reliquia o fósil, de las lenguas desplazadas. En general, como bien observa Richard Coates, “la importancia macro-lingüística histórica de los topónimos reside en el hecho de que estos pueden proporcionar la única evidencia de la existencia anterior de alguna lengua, o de la existencia de una lengua conocida en un área previamente insospechada” (cf. Coates 2015: 528). Y, desde el punto de vista socio-histórico, la toponimia, entendida como una

⁶ Las ideas y conceptos vertidos en las secciones precedentes han sido extraídos del tratado en preparación sobre *Problemas y métodos de la toponimia andina*, actualmente en preparación.

“biografía de la palabra”, constituye una suerte de partida de nacimiento de los pueblos y la base primigenia de la identidad grupal de una sociedad.

Esto implica, entonces, evidentemente un enfoque interdisciplinario. ¿Cómo visualiza usted ese diálogo?

De todas las disciplinas humanísticas, la toponimia es la que se define como interdisciplinaria por excelencia. Si bien es cierto que no hay saber científico a cuyas puertas debe tocar en busca de información para resolver los problemas cuyo estudio encara, podemos decir que son tres las disciplinas fundamentales, mucho más afines al objeto de su reflexión, con las que se relaciona la toponimia, a saber: la geografía, la historia y la arqueología. En cuanto a la geografía, especialmente humana, llamada modernamente “socio-onomástica”, basta con señalar que el solo hecho de que existan nombres de lugar descriptivos del entorno espacial físico y cultural hace obvia su relación estrecha con la toponomástica. En tal sentido, uno de los problemas interdisciplinarios que confronta el toponimista es determinar en qué medida los referentes toponímicos proporcionan información sobre la realidad ambiental descrita, ajustándose a ella o desconectándose de la misma, especialmente tratándose de nombres prehistóricos, y en la medida en que el contexto espacial, al igual que la lengua, varía en el tiempo. Por lo que toca a la historia, su relación con la toponimia es igualmente obvia, en tanto y en cuanto los nombres de lugar portan mensajes de los pueblos que los acuñaron y que el toponimista busca interpretar. En tal sentido, como atinadamente fuera señalado, la mejor metáfora con la que ha sido descrita dicha interrelación es con la de un *palimpsesto* medieval: un pergamino parchado, entera o parcialmente raspado, refregado o lavado, reutilizado para registrar sobre él un nuevo texto, no importando el que existía antes. En cuanto a su relación con la arqueología, la toponimia resulta igualmente afín a ella en la medida en que ambas disciplinas, aunque con métodos y objetivos diferentes, se preocupan por averiguar el pasado de las sociedades preteridas, especialmente el de las prehispanicas en nuestro caso. En este punto también la metáfora del palimpsesto funciona perfectamente: así como el arqueólogo excava el terreno descubriendo estratos de ocupación humana prehistórica a través de los restos materiales dejados por ella, del mismo modo el toponimista va encontrando distintos lechos idiomáticos y superpuestos sobre la base del examen etimológico de los nombres de lugar. Debemos señalar, sin embargo, que el trabajo cooperativo entre ambas ramas del saber no siempre es productivo, y sí más bien frustrante, partiendo del hecho de que, en principio, no siempre hay correlación mecánica entre lengua, cultura y etnia. Con todo, fuera del símil entre capas estratigráficas materiales y lechos idiomático-culturales, que incluso se manifiesta en el empleo de expresiones como aquella de la socorrida “arqueología de la palabra”, nunca estará de más ensayar correlaciones lingüístico-arqueológicas que, bien fundamentadas y libres de todo determinismo metodológico, pueden arrojar luces sobre la cronología y los desplazamientos idiomáticos de épocas preteridas. En suma, con respecto a este punto de la interdisciplinariedad, el ilustre hispanista Juan Antonio Frago (1991: 216), de la Universidad de Zaragoza, es terminante al señalar que “la toponimia [es] como un justo y abundoso Jano, una de cuyas caras mira hacia lo lingüístico, mientras que la otra contempla horizontes de historia y de cultura. En consecuencia, su investigación ha de ser necesariamente polifacética e interdisciplinaria, siendo en ella esencial también el análisis comparativo”.

¿Cuáles son los presupuestos metodológicos y las fuentes que utiliza para la aproximación a la toponimia?

El trabajo toponímico se inicia con las fuentes de estudio que le permitan emprender su investigación. El material a estudiarse puede provenir de fuente oral o de una fuente escrita. En el caso de la fuente oral se trata de registrar los topónimos en el campo y de labios de los propios hablantes, previa selección del lugar, de la lengua, y de los informantes. Una familiaridad con el paisaje, sus accidentes y su relieve, puede ser de suma utilidad al investigador, aunque este debe estar avisado en el sentido de que no siempre va a encontrar una correlación entre el nombre de lugar y su referente físico, que habitualmente cambia en el tiempo. En cuanto al registro toponímico, este se hará, en lo posible, siguiendo los procedimientos metodológicos exigidos por la lingüística de campo. En el caso del área andina, es importante tener en cuenta el hecho de que, en materia de fidelidad idiomática, sobre todo allí donde hay contacto y conflicto lingüísticos, son las mujeres mayores las que guardan con más celo el patrimonio cultural e idiomático, de manera que constituyen la mejor fuente de obtención de datos, y no solo toponímicos. Asimismo, aunque parezca paradójico, son los menos escolarizados o poco letrados quienes, libres de la seudociencia impartida por la escuela, se caracterizan por ser los mejores y fieles guardianes de su lengua. No debe sorprender, en ambos casos, el que los informantes sean propensos a proporcionar etimologías ingenuas o anecdóticas: es lo esperable tratándose de simples hablantes de su lengua; peor sería prestar oídos a los semi letrados o incluso seudo eruditos, pues con seguridad nos ofrecerán datos distorsionados en forma y significado (de los que, a menudo, se engolosinan nuestros antropólogos y folkloristas). En cuanto al registro o consignación de los datos, así como la localización precisa de sus referentes, hoy día contamos con aparatos técnicos altamente sofisticados que garantizan la fidelidad de los materiales provenientes de la fuente seleccionada.

Por lo que respecta a la fuente escrita, el estudioso puede recurrir tanto a los documentos publicados como a los inéditos, ya sean coloniales o modernos. Entre los primeros, y más inmediatos, aparte de las informaciones proporcionadas por las fuentes históricas coloniales (crónicas, relaciones geográficas, diarios de viaje e itinerarios de postas), están los diccionarios geográficos o toponímicos, entre ellos los clásicos del Perú, Bolivia y Chile, pero actualmente la fuente más completa nos la proporcionan los Institutos Geográficos Nacionales de los países respectivos con su *Nomenclator*, que puede consultarse en línea. Documentación no menos importante nos proporcionan las monografías regionales, provinciales, distritales o cantonales, en las que no faltan informaciones sobre la toponimia, la zoonimia y la fitonimia, propias de las regiones tratadas. El material proporcionado por tales fuentes requiere ser examinado y depurado con sumo cuidado, ya que, en el caso de la documentación colonial, los textos no han sido preparados con criterios filológicos; y tratándose de los diccionarios, no solo han sido registrados por personas pertenecientes a otra época, sino que, por lo general, consignan datos distorsionados en forma y contenido (usualmente con etimologías disparatadas en cuanto al significado de los topónimos); y, en fin, el ofrecido por los institutos geográficos tampoco se libra de los defectos formales mencionados, aunque, por otro lado, al no ofrecer etimologías, tiene la ventaja de no incurrir en errores de interpretación semántica. En cuanto a los materiales inéditos, depositados en los archivos, hasta ahora frecuentados mayormente por historiadores y críticos literarios desprovistos de formación filológica, ellos aguardan todavía su consulta y aprovechamiento científico por parte del toponimista debidamente entrenado. Naturalmente, no encontraremos allí listas o glosarios toponímicos, pero sí, por citar dos tipos de materiales, padrones de indios y listas de terrenos distribuidos por

aillus y etnias. En general, en estos casos, el investigador tiene que estar a la caza, penosa casi siempre, de datos dispersos y aislados, pero también con información inesperada y gratificante.

Pues bien, una vez accedido a las fuentes mencionadas, el estudio toponímico procede siguiendo unos cinco pasos operativos consistentes en la compilación, organización, almacenamiento, análisis y presentación de los datos. No está de más subrayar que, de los cinco puntos procedimentales mencionados, los dos últimos son sin dudas cruciales y decisivos, en cuya realización se pondrá finalmente en juego el enfoque histórico-lingüístico y filológico riguroso reclamado por la disciplina. La presentación de los datos examinados puede visualizarse en mapas o mediante recursos "en línea" como el *Google Earth*, el sistema de posicionamiento de información geográfica QGIS, y otros programas informáticos similares.

¿Cuál es el lugar que le corresponde a la toponimia en el diálogo interdisciplinario?

Aun cuando la concurrencia de la lingüística parece implícita dentro del quehacer interdisciplinario de la toponomástica, no está de más insistir en el rol axial, y no simplemente ancilar, que debe jugar en tanto cuerpo doctrinario establecido. Lo que ocurre en el campo incipiente de la onomástica andina es, sin embargo, que, si alguna vez ella es tomada en cuenta, suele invocársela con criterios analíticos desfasados, propios de concepciones decimonónicas trasnochadas, pero manejadas aún no solo por los aficionados sino también por los practicantes de las disciplinas afines mencionadas. Nunca estará de más insistir, en tal sentido, en el manejo teórico y procedimental de la lingüística en su aplicación rigurosa a las lenguas cuyo corpus onomástico es examinado e interpretado. Ya se dijo, además, que el manejo instrumental de la ciencia lingüística no debe quedarse únicamente en el conocimiento del eje sincrónico y dialectal de las lenguas a ser examinadas, sino que, al tomársela como disciplina hermenéutica en la averiguación del pasado, prehispánico en nuestro caso, requiere necesariamente discurrir por el eje diacrónico, con información solvente sobre la historia y evolución de las lenguas involucradas en el trabajo etimológico. Todo ello resulta una verdad de Perogrullo allí donde los estudios toponímicos gozan de madurez científica, lo que no ocurre en el campo de los estudios andinos, por lo que nunca estará de más toda insistencia sobre el requisito mencionado.

Ahora bien, la perspectiva histórica se ve doblemente enriquecida en el campo andino desde el momento en que las lenguas del área, en especial las llamadas "mayores" (el quechua, el aimara, el puquina y el mochica), gozan también de una tradición escrita, en distinto grado y género de registro, que se remonta a la primera mitad del siglo XVI, que es cuando pasan a ser consignadas en el alfabeto romance de la época, primeramente en virtud de los tanteos ortográficos de los conquistadores, funcionarios y religiosos, y posteriormente gracias a la temprana pericia escrituraria adquirida por una legión de intérpretes y escribas, de origen criollo, mestizo e indio, que pasaron a formar parte activa de la comunidad letrada de la época. Como producto de dicha práctica escrituraria, nuestros registros administrativos, tanto civiles (los de los archivos nacionales, regionales, municipales y bibliotecarios) como eclesiásticos (propios de los arzobispados, obispados, parroquias o conventos de órdenes religiosas), almacenan un inmenso material en la forma de protocolos notariales, padrones de indios y composiciones y litigios de tierras, que constituyen una fuente de información, mayormente inédita, que aguarda su catalogación y posterior estudio por parte de los investigadores del pasado andino, colonial y republicano, especialmente historiadores y científicos sociales en general. Naturalmente, el registro escrito, para ser empleado como fuente valiosa e imprescindible en la averiguación del pasado requiere, de parte del investigador,

un entrenamiento básico en cuestiones de paleografía y heurística documental, que se hace más delicado y demandante en tratándose de velar por la integridad y fidelidad del texto consignado en lengua indígena. En tal sentido, debemos señalar que, en materia de toponomástica, la necesidad de investigación de archivo en busca de fuente genuina, cronológicamente establecida, es algo de lo que apenas se va tomando conciencia. En el entretanto, y para hablar solo de las fuentes documentales dadas a conocer a la fecha, los pocos estudiosos de la disciplina han venido echando mano de tales materiales pobremente editados, las más de las veces sin el menor rigor ecdótico y filológico, y más aun tratándose de los registros en lengua indígena.

Como resultado del uso acrítico y descuidado de tales registros, dentro de una práctica profesional ininterrumpida que se remonta al siglo XVI, muchos de nuestros topónimos, sin tomar en cuenta las frecuentes deturpaciones de los términos institucionales del pasado prehispánico, han sido oficialmente consagrados en forma distorsionada. Tal son los casos de, por ejemplo, <Chan chan> (Trujillo), <Ate> (Lima), <Azángaro> (Puno), <Larecaja> (La Paz) y <Yamparáez> (Chuquisaca), <Lullaillaco> (Chile), que en todo caso debieron haber sido normalizados como <Canchan>, <Latim>, <Zangaro>, <Aricaja>, <Amparay>, <Lullaiyaco>, respectivamente, tal como pueden restituirse no solo a partir de la fuente oral en curso sino también de su temprano registro colonial. No hay duda de que la lectura errática de tales nombres, por un lado, y el desconocimiento de las lenguas en las cuales fueron cifrados, por otro, dio lugar a que se consagre la distorsión de sus significantes, y con ello su opacidad semántica, prestándose a etimologías ingenuas, cuando no descabelladas. Así, pues, correctamente restituido, el registro escrito puede devolvernos la forma genuina de los topónimos, muchas veces desfigurada en virtud de su evolución o de su consignación ultracorrecta en una variedad dialectal ajena a la del lugar.

En el estudio del espacio es fundamental considerar la temporalidad, porque sus ocupaciones cambian a través del tiempo. Los topónimos son huellas de codificación que registran información sobre los diversos estratos lingüísticos y culturales presentes en los territorios. En tanto tal, la toponimia es una fuente valiosa de información para la reconstrucción de la etnohistoria, que se debe usar en diálogo con los datos arqueológicos, narrativos y documentales. Como toda fuente de información, requiere de una lectura crítica, preguntándose sobre la confiabilidad de la misma y su validez para las interpretaciones que se proponen a partir de ella. Un punto importante es esclarecer la trayectoria de los topónimos, la forma en que llegan hasta nosotros, puesto que ello puede mostrar sus transformaciones y sustituciones. En muchos casos, estos presentan una enunciación dialógica, en tanto los nombres presuponen otras veces previamente emplazadas a las que comentan o disputan su legitimidad. Por otra parte, para quienes se encuentran interesados en el estudio de los estratos lingüísticos del territorio y la reconstrucción de las lenguas ya extintas, la toponimia permite acceder a los procesos y reglas de creación lingüística y los usos del lenguaje, que deben estudiarse contextualmente. La toponimia constituye, por lo tanto, también una valiosa fuente para lingüística histórica.

¿Podría Usted referirse al concepto de pacha que es tan referenciado en los estudios del altiplano andino?

Claro. Podría decir que:

1. Sincrónicamente, <Pacha>₁, con el significado de 'suelo, mundo, planeta (tierra), firmamento', por un lado, y 'tiempo, época, período', por el otro, es un término compartido por el quechua y por el aimara, de manera que bien puede ser calificado como voz quechumara.

2. <Pacha>₂ del mismo modo, en ambas lenguas se emplea como elemento pospuesto con el significado de 'precisión, inmediatez, confirmación y énfasis. Esto último, en expresiones como *kikin-pacha* (Q), *kik-pacha* (A) 'él mismo'; *chay-pacha-lla* (Q), *uka-pacha-ki* (A) 'de inmediato'. etc.
3. Históricamente, sin embargo, las cosas fueron diferentes. Porque el significado de *Pacha*, remonta al pre-Protoquechua **PAĈA (con /ĉ/ africada retrofleja, al igual que la <tr> del mapuche <trtruca>), que fue tomado como préstamo por el proto-aimara, para cambiarlo después, siguiendo sus propias reglas de evolución, en *PATA* (con cambio de *ĉ> t, como en *Paĉak> *pataka* 'cien'). La mejor evidencia de esto es que Bertonio consigna <*alakh patha*> "lugar de arriba" y <*mancca patha*> "lugar de abajo" (cf. Bertonio [1612] 1984: II, 253). Además, abunda en la toponimia sureño-altiplánica *PATA* como sinónimo de *PACHA*, y no como andén, que también es *PATA* (otra raíz).
4. *Pacha*₂ sin embargo, siempre fue **PACHA* en el proto-quechua y también en el proto-aimara.
5. En el quechua sureño el fonema /ĉ/, cambia a /č/ no-retrofleja, es decir a la <ch>. De esta manera *PAĈA* y *PAČA* se confunden, sumando los significados de 1 y 2 vistos arriba. El aimara sureño, que distinguía entre *PATA* y *PACHA*, pierde la primera y todo lo nivela en *PACHA*, como en el quechua, hasta la actualidad. Hoy día nadie sabe que en tiempos de Bertonio no se decía <*alakh pacha*> ni <*mancca pacha*>, como en la actualidad. Pero estas expresiones se difundieron con el Tercer Concilio Limense (1582-1583).
6. Todo ello indica que para explicar los términos actuales de nuestras lenguas hay que informarse de la historia de la lengua, parte de la cual está en la documentación colonial. Sin lingüística histórica y sin filología, lo que hacemos es arañar la superficie de la lengua y nada más.

III- Axel Nielsen⁷

¿Cómo ha sido su aproximación al estudio del espacio y de sus nombres?

La arqueología no tiene un acceso directo a la lengua, a los nombres, o cómo estos cambiaron a lo largo del tiempo ya que no hay una relación unívoca entre lengua-nombre-huella material, que es nuestra fuente, entonces siempre ha ocupado un lugar secundario por considerarlo bastante inaccesible. Sin embargo, los nombres y la toponimia específicamente tienen que ver con toda una historia de prácticas, entonces a veces la utilizamos sobre todo como fuente de hipótesis para después verificar a través de las fuentes materiales. Un ejemplo en mi trabajo en el altiplano de Lipes fue el comienzo de mi investigación en esa región tan vasta fue la toponimia. Tomé la famosa carta tan trillada de Lozano Machuca donde describe zonas que son de ocupación uru y aymara, y la lista de los nombres de cerros y lugares de diferente jerarquía, entonces ubiqué todo lo que pude de esta toponimia en un mapa y mi primera prospección fue buscar en estos lugares sitios arqueológicos que pudiera relacionar con las descripciones que hacía la carta y lo logré con un éxito muy grande. La mayor parte de los casos donde pudimos identificar un topónimo encontramos los sitios correspondientes y pudimos verificar la existencia de dos territorios con usos distintos que es posible leer entre líneas en el trabajo de Lozano Machuca e incluso ubicar la mayor parte de los pueblos aymaras que arqueológicamente se caracterizan por la presencia

⁷ Doctor en Arqueología, es especialista en las poblaciones altiplánicas argentinas. Actualmente se dedica al estudio de los espacios internodales.

de chullpas, y algunos de los urus que se caracterizan precisamente por carecer de arquitectura en piedra o chullpas u otro tipos de elementos que son más característicos de las poblaciones aymaras en el altiplano central al momento del contacto.

Una segunda forma en que a menudo como arqueólogos utilizamos la toponimia y siempre dentro de este formato metodológico de generadora de hipótesis que después verificamos a través de fuentes arqueológicas específicamente, es tomar algunas de las categorías de paisajes o categorías que usan los habitantes para nombrar diferentes geoformas o unidades de paisajes, como campo, cerro, costa, ronque, peña, etc. También hemos utilizado estas categorías como un intento de acercarnos a esta percepción cultural específica como forma de segmentar y por lo tanto de ocupar esos espacios, hemos tratado de verificar si algunas de estas unidades se correlacionan con ciertas configuraciones arqueológicas concretas que nos puedan llevar a pensar que se corresponden con formas recurrentes de usar el espacio, con un éxito más limitado porque es difícil entender cuáles son los confines de cada una de estas unidades. Detalles que cuando uno habla en general del paisaje no son tan importantes, pero cuando uno está concretamente prospectando y tiene que decidir si la zona o la unidad de prospección termina acá, o 100m más allá, este tipo de variedades se vuelven obstáculos metodológicos importantes.

¿Ha construido algún modelo que permita entender las concepción y normas del uso del espacio por sociedades andinas?

En cuanto a la pregunta sobre los modelos y las categorías que utilizamos para trabajar el espacio, desde hace años que distingo tres niveles en el sentido que los 3 se ponen en juego en las prácticas, son indisolubles. La división es analítica, pero también representan capas de análisis que se edifican sobre las anteriores, o una jerarquía de determinación o de restricción, y que sería la noción de *hábitat*, o escenario geográfico, en el sentido de la instrumentalidad del espacio, la distribución de recursos para la acción que ofrece un determinado recorte de la geografía, del espacio, no solo en función de las condiciones naturales sino también de las intervenciones históricamente acumuladas sobre ese espacio, la intervención antrópica que ha tenido ese espacio en el tiempo.

Evidentemente el *hábitat* en el escenario geográfico ofrece ciertas facilidades y ciertas restricciones que contingentemente son activadas o desactivadas o modificadas por la acción. Esto establece un primer marco de determinación sobre el cual se asienta una segunda capa que llamaría el *paisaje*, el espacio significado, que ha tenido un enorme auge en la arqueología desde los años 90, fines de los 80, que entiende al espacio como una matriz de sentido que se va acumulando o sedimentando en los lugares a través del tiempo, de la memoria, de los relatos, de la transmisión de los nombres. En el paisaje los sentidos no se imponen arbitrariamente sobre el espacio simplemente como patrones fonológicos, sino que también esos sentidos se anclan en prácticas que se realizan en ciertos lugares en función de los recursos e instrumentalidades que allí existen para la acción. En ese sentido hay una relación entre el *hábitat* y el *paisaje*. Una tercera categoría sería el *territorio*, es decir, el espacio agenciado, apropiado, el espacio como medio en el que se despliega el poder, la capacidad de hacer y que evidentemente recurre tanto a los recursos que objetivamente están dispuestos en ciertos lugares como a los sentidos acumulados que también son recursos para la acción.

Analíticamente trabajamos sobre esas progresiones cuando entramos a una zona nueva y lo primero es entender el escenario geográfico, la distribución de recursos. No me refiero solo a recursos económicos, o solo no-naturales, sino recursos para la acción de cualquier naturaleza. A partir de ciertas recurrencias en las prácticas, homologías en la construcción de los espacios de las prácticas que allí se realizan, e idealmente de otro tipo de registros materiales (i.e. iconográficos), tratamos de identificar ciertas estructuras de sentido. De hecho, desde los 80 se habla de *sintaxis espacial* a partir de los estudios de Hillier y Hanson, dando una aproximación a la *semántica del espacio*, aunque se debe ser muy cauto porque muchas veces llegar a estos niveles, o poder verificar estas estructuras semánticas en el espacio, es un tema bastante complejo cuando solo se cuenta con fuentes materiales. Y acá es donde la toponimia puede ser muy engañosa ya que es el producto acumulado de por lo menos 10 milenios de actividades y transformaciones e intervenciones. Entonces poder relacionarla con momentos específicos del pasado, es decir, cuarto milenio a.C, realmente es bastante arriesgado. Acá es cuando todos los arqueólogos vamos a poner cara de duda cuando empieza un razonamiento sobre la toponimia que se aleje mucho del momento del contacto, de cuando fue registrada como tal.

Una cuarta categoría es la de *paisaje arqueológico*. Desde fines de los 80 se usó la acepción de *paisaje arqueológico* para referirnos a la distribución espacial del mundo material, es decir no solo la distribución espacial de todos los vestigios, restos o marcas arqueológicas, sino también del mundo material en tanto también parte de la dimensión material de las prácticas. Entonces entendemos este *paisaje arqueológico*, por un lado, como la consecuencia de toda una historia, 10 milenios de práctica sobre un determinado espacio geográfico, pero a lo largo de ese proceso histórico lo entendemos no solo como una consecuencia, sino también como una condición o un recurso para la acción. En ese sentido ha habido bastante discusión en la arqueología siguiendo la línea de los geógrafos posmodernos y el concepto de *espacialidad* sobre esta dimensión activa o recursiva del espacio al punto que se le identifica normalmente como una dimensión objetiva de la estructura social en el sentido de Giddens en el sentido de la teoría de la práctica. Entonces, en cualquier momento del pasado ese paisaje arqueológico en tanto configuración espacial del mundo material no solo es una consecuencia de la acción, sino que es una condición que hace posible la acción.

¿Qué expectativas tiene en el trabajo con el espacio y sus denominaciones?

Y, pasando a la pregunta sobre las expectativas que tenemos sobre el espacio, entonces trabajamos el espacio con toda esta profundidad ontológica que he tratado de marcar como hábitat, paisaje y territorio, lo trabajamos como una dimensión objetiva de la estructura social, en el sentido de que las distancias, los vínculos, las semejanzas y las diferencias nos están dando la mejor aproximación posible desde las fuentes arqueológicas a la estructura de esas sociedades pasadas entendidas como consecuencia y condiciones para la práctica.

Al momento de trabajar desde la arqueología esta dimensión activa de la estructura espacial o de este paisaje arqueológico es importante el concepto de *materialidad* no entendido como cosas (como sinónimo de tuestos o piedras, aquello encontrado en un sitio), sino en su sentido original, es decir, como la forma en que el mundo material condiciona o participa en la constitución de la sociedad y de los sujetos en virtud de sus propiedades físicas e intrínsecas e interviene

con sus propias lógicas, físicas, en la constitución de los sujetos y de la sociedad. Así, pensar en cómo esa estructura espacial va condicionando en momentos sucesivos activamente, nos invita a pensar que la sociedad nos lleva a analizar este tipo de constricciones y de oportunidades que ofrece el hábitat. Pero, el paisaje en el sentido de espacio significado y activo siempre presente a través de la memoria y también los agenciamientos previos del espacio y cómo van condicionando instancias de acción sucesivas, lleva a que en ningún momento la espacialidad pueda ser comprendida sin referencia, de algún modo, a esa historia profunda de ocupación o de habitar una geografía determinada.

¿Puede darnos un ejemplo de esto?

Dos buenos ejemplos de cómo la materia en virtud de sus propiedades (por ejemplo, la durabilidad de ciertos materiales) va condicionando a lo largo del tiempo -incluso sin que esté en la intencionalidad de los sujetos ni en la conciencia- las estructuras de la sociedad son: *los paisajes agrícolas arqueológicos*, es decir, la suma de las intervenciones de carácter agrícola sobre un espacio determinado, o los *paisajes viales*. Son dos buenos ejemplos ya que se constituyen acumulativamente ya que las redes viales comenzaron cuando los primeros exploradores empezaron a caminar un paisaje desconocido, se fueron consolidando con la colonización y posteriormente fueron transformando, pero siempre partiendo fueron condicionando desde ya la circulación desde un comienzo azaroso, hasta cierto punto contingente, pero siempre condiciona la forma incluso de mirar, de percibir por primera vez un espacio determinado, y por lo tanto, de significarlo.

Indudablemente esas redes viales van acompañadas de toponimias particulares que se escapan, y quizás algo de estas formas tempranas de circular por el espacio están retenidas en las toponimias actuales, pero claramente podemos decir que las redes viales de alguna forma son la consecuencia de toda esta historia profunda pero también van condicionando siempre como estructuras ya preexistentes las nuevas formas de circular, incluso, las actuales, podemos decir que de alguna forma retienen la memoria de aquel pasado.

Lo mismo sucede con los paisajes agrícolas. Los primeros agricultores limpiaron ciertos campos, corrieron ciertas piedras y después de generación en generación se les va agregando cosas, y de alguna forma los paisajes agrícolas que hoy vemos son el resultado acumulado de tres o cuatro mil años de intervenciones con fines agrícolas sobre ese espacio. De alguna forma, el paisaje arqueológico siempre tiene esta característica, y nuestra tarea como arqueólogos es destacar esto, cómo las lógicas físicas van marcando, van rigiendo estas trayectorias, más allá de la voluntad de las personas y van imponiendo sus lógicas materiales por las formas de estar en algunos lugares, de relacionarnos y de entendernos a nosotros mismos.

¿En la construcción de los modelos de aproximación al espacio y sus nombres, qué fuentes de información son relevantes desde su ámbito disciplinar?

Respecto a fuentes de información, los arqueólogos básicamente trabajamos con fuentes materiales, y esta es una de las razones por las cuales la toponimia siempre tiene un lugar secundario en los estudios arqueológicos ya que no hemos podido establecer relaciones unívocas entre las lenguas, los nombres y determinadas formas materiales. Esto significa que nuestra aproximación

realmente al espacio o a la explicación del paisaje arqueológico, es decir, de la espacialidad acumulada con la que trabajamos, siempre está mediada por las prácticas que puedan haber dejado huellas materiales.

En este sentido, para poder empezar a identificar concepciones o formas de entender el espacio en determinadas épocas históricas, lo que hacemos es trabajar sistemáticamente con la distribución de restos materiales de determinados tipos de prácticas, entendiendo que esas prácticas también están asociadas no solo a ciertos problemas instrumentales, sino a ciertos sentidos, memorias, e intenciones y se ponen en juego en la negociación del poder y reflejan ciertos agenciamientos, formas territoriales, formas de unión, de integración, de diferenciación o de construcción de poder en el sentido más amplio.

En cuanto a los aspectos metodológicos de las instrumentalidades del espacio, es decir, entender al espacio como un contenedor de recursos para la adaptación, digamos, el aspecto, la dimensión más funcional, tecnológica, que ocupa gran parte de la investigación de los arqueólogos y el espacio significado, como paisaje o apropiado, como territorio es un tema que metodológicamente ha generado bastante debate en la arqueología. Por un lado, una visión transicional, más funcionalista, adaptacionista, tiende a ver una dicotomía entre lo funcional y lo simbólico, como si alguna práctica humana careciera de una dimensión simbólica o significativa, pero bueno, esto atraviesa mucho de la literatura arqueológica que utiliza un *modelo residual*, es decir, todo aquello para lo cual podemos imaginar una explicación funcional, se explica como si fuera simplemente una imposición adaptativa del desafío adaptativo de vivir y de resolver los problemas de la subsistencia en un determinado medio geográfico, mientras que cuando algo no admite este tipo de explicación entonces se empieza a sospechar que debe haber algo simbólico involucrado. Por cierto, a pesar de lo común que es esta forma de ver las cosas, es bastante insostenible. Me parece más interesante pensar que el hábitat, el paisaje, el territorio son capas analíticas que en realidad atraviesan todas las prácticas y que, por lo tanto, todas las formas de habitar o de utilizar o de construir espacio. En este sentido, las propias actividades “económicas”, como si fuera un tipo de actividad esto, no solo resuelven ciertos problemas o ciertas problemáticas instrumentales, adaptativas, sino que en este mismo hacer se constituyen en índices de significados y sentidos. Así un campo de cultivo no solo es un lugar donde obtenemos recursos para la subsistencia, sino también la práctica de la agricultura significa esos espacios en relación a la tierra, en relación a la reproducción de la vida, en relación al mundo de las plantas, al agua, a cómo orquestamos o intervenimos en estas interrelaciones para participar de las tramas de la vida, es decir, potencialmente innumerables significados en esta actividad “meramente económica”, entre otras.

De todos modos, estos modelos residuales llaman la atención cuando es imposible ensayar una explicación funcional razonable, a veces nos alertan sobre ciertas situaciones sociales, ciertos eventos que afectan profundamente la concepción o el uso, el uso, y, por lo tanto, la concepción de determinados espacios. Así, por ejemplo, en ciertas situaciones la falta de utilización de ciertos lugares, o la falta de ocupación de ciertos espacios puede llamarnos la atención, sobre otras variables que están incluso superando a ciertos intereses económicos o posibilidades adaptativas. Más de una vez hemos encontrado espacios, o los hemos visto etnográficamente, que son totalmente aptos por los recursos que poseen para ser ocupados, y sin embargo, no lo son, muchas veces no solo por razones territoriales, sino a veces por ciertas *concepciones* asociadas a ciertas formas, o lugares que son considerados nefastos, peligrosos, o de mala suerte, en función de otras

estructuras significativas que están interviniendo y ello sí puede manifestarse en la toponimia menor de la zona. Me ha pasado con lugares con peñas, ojos de agua, chullperíos que se evitan por ser lugares peligrosos y es a través de estas anomalías que detectamos, que se abren pequeñas ventanas que nos llevan a investigar en qué forma, ciertas condiciones sociales o culturales pueden haber incluso limitado actividades que de otra forma hubieran sido convenientes o útiles o económicamente viables.

Un ejemplo son los pucarás, lo digo porque ahora estoy en Tilcara, al pie del pucara y me recuerdo que, por ejemplo, que en la quebrada de Humauaca, casi todos los pucarás que conocemos, más de veinte, no fueron ocupados antes del año mil, ni volvieron a ser ocupados después. Por lo tanto, hoy los visitamos como ruinas mientras que todos los lugares de habitaciones anteriores y posteriores están situados en los bajos, junto a los ríos, junto a las tierras cultivables, y esta es una característica que se da para esta época, siglo XIII, XIV. La época de los pucarás, que son una enorme extensión del espacio andino, presenta una enorme anomalía espacial, en el sentido de que son lugares realmente poco convenientes para el asentamiento desde el punto de vista de las instrumentalidades del espacio, y que, sin embargo, por la inseguridad de la época, o por razones de conflictos, razones que pertenecen a la reproducción del poder, obligaron a ocupar estos espacios en un momento muy acotado y solo durante ese momento, y es una de las razones por las cuales hoy son tan visibles este tipo de sitios.

Palabras de cierre de los entrevistadores

Ramón Menéndez Pidal señalaba que la toponimia es “la voz de los pueblos primitivos” (2005: 84) que, atada en su devenir a las formas de la tierra, probablemente haya perdido su significado para las poblaciones que hoy habitan esos espacios. Y es que si algún rastro ha quedado de cómo comunidades humanas nombraron la tierra, es gracias a la toponimia. En las páginas precedentes hemos recorrido las miradas de tres investigadores que desde su propio quehacer han abordado el problema del espacio y de sus nombres en poblaciones humanas que habitaron partes del Collasuyu.

A través de las preguntas buscamos relevar desde un prisma interdisciplinario la concepción del espacio y de sus categorías principales, poniendo ante todo la evidencia de que los modelos ontológicos y de los cuales la concepción del espacio depende son propios a cada cultura. Para Gabriel Martínez, las sociedades del altiplano andino nombran todo lo que les rodea, configurando un “espacio `lleno`, repleto de significación, que existe y donde es posible existir; un espacio humanizado y hecho real por el tratamiento lingüístico, con el cual es posible tener ahora una relación real” (1976: 265). Cada nombre es un reservorio de significados que da cuenta de la entidad del espacio, donde los las unidades que son significantes adquieren las formas de cerros, abras, cuevas, quebradas, cursos de agua “y toda clase de accidentes o fenómenos topográficos, con los cuales será posible componer nuevos mensajes en un plano sintagmático diferente de aquel del discurso hablado: aquel deparado por los sistemas significativos propios de la cultura andina” (ibíd. 266). Se trata de un proceso de apropiación del espacio y de convivencia entre él y los seres que lo habitan que se ha configurado desde hace varios siglos, aunque solo podemos testimoniar un parte de ese proceso. En este sentido, Hernández Llosas (2006: 9) postula que la apropiación simbólica es una más de las estrategias de dominación (junto con la militar, política, económica y social), y para ello se establecen mecanismos de consolidación o afianzamiento de la

“territorialidad”, activando acciones concretas, entre las cuales está la superposición de los modos de entender el espacio y sus nombres. Y es que la historia andina es una historia caracterizada por la alternancia entre períodos de fragmentación, belicosidad y crecimiento individual y otros períodos de gran comunicación e integración entre diferentes pueblos, grupos y lenguas (Adelaar y Muysken 2004), hecho que evidentemente se ha manifestado en la configuración del paisaje cultural y sus denominaciones que dan cuenta de procesos de agencia, imposición, negociación y resistencia. El reconocimiento creciente de la complejidad de este entramado histórico y cultural que da forma a los Andes ha venido de la mano del deslindamiento metodológico tanto del campo de estudio como de las disciplinas dedicadas a él y las relaciones entre ellas.⁸

No pretendemos postular que las sucesivas poblaciones humanas que ocuparon lo que hoy concebimos como surandino hayan compartido las mismas nociones de espacio, sus categorías y nombres. Sin embargo, resulta eficiente la metáfora usada por Cerrón Palomino del palimpsesto, como ese trozo de tierra que una y otra vez es lavado, vuelto a pintar y a imprimir significantes en él. Algo de lo anterior permanece y coexiste con lo nuevo, y así sucesivamente. Lo interesante parece ser, en primer lugar, la identificación de distintos niveles del espacio (*arak-kay-ukhu*) que pueden estar funcionando en un mismo lugar y activando distintos ejes temporales (todo esto expresado en el concepto *pacha*) y que a ello se asocien actividades y personajes o entidades que les son propias. En cierta medida, lo que propone Cereceda coincide con Nielsen en el sentido de que el espacio, o paisaje, constituye un punto físico en el que se concibe un espacio culturalmente dibujado, donde el tiempo se hace presente y las actividades están facilitadas por los recursos que esa ecuación ofrece.

Referencias

ADELAAR, W. F. y MUYSKEN, P. C. *The languages of the Andes*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.

COATES, R. Names and Historical Linguistics. En HOUGH, C. y IZDEBSKA, D. (eds.): *The Oxford Handbook of Names and Naming*. Oxford: Oxford University Press, 2016, pp. 525-539. 2016.

FRAGO, J. A. Problemas, métodos y enseñanzas de la toponimia. En *Actas de las I Jornadas de onomástica, toponimia, Vitoria-Gasteiz*, abril de 1986 = I Onomastika jardunaldien agiriak toponimia, Gasteiz, 1986Ko Aripila / coord. por Angeles Líbano Zumalacárregui, Henrike Knörr Borrás, 1991, p. 199-220.

HEGGARTY, P. y BERESFORD-JONES, D. 2010. Agriculture and Language Dispersals. Limitations, Refinements, and an Andean Exception? *Current Anthropology* 5: 163-191.

⁸ En este punto, considerando el estudio general de los Andes, Heggarty y Beresford-Jones (2010) recalcan la importancia de generar una ciencia de las poblaciones, al estilo de Nichols (1992), que, juntando la lingüística, la arqueología y la genética de manera integrada y coherente, pueda arrojar luz sobre el pasado prehispánico de la región.

HERNÁNDEZ LLOSAS, M.I. Inkas y españoles a la conquista simbólica del territorio humahuaca: sitios, motivos rupestres y apropiación cultural del paisaje. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, vol. 11, núm. 2, 2006, p. 9-34.

MARTÍNEZ, G. El sistema de los uywiris en Isluga. En Separata del Tomo de Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige, 1976, pp. 255-327. Universidad del Norte, Antofagasta.

MARTÍNEZ, G. Topónimos de Chuani: ¿Organización y significación del territorio? *Anthropologica*, Vol. 1, Nº. 1, 1983, págs. 51-84.

MENÉNDEZ PIDAL, R. *Historia de la lengua española*. Madrid: Espasa-Calpe, 2005.

